

defensa y salvacion contra las amenazas de conquista. Hasta los mismos Reyes se quejaban de estas irregularidades y temian la vuelta temible á los peores tiempos y á los peores usos del mas desenfrenado feudalismo, concluido por el remate gótico de una absoluta teocracia. Quien mas dió la cara en defensa del amenazado conde, fué nuestro caballeresco y casi legendario monarca don Pedro II de Aragon. Pocos Reyes tan épicos, cual este Rey de las grandes batallas y de los poéticos recuerdos. Sean cuales quieran los defectos que pueda echarle en rostro la historia, á nuestros ojos aparecerá siempre como el Rey de las Navas, de aquel campo inmortal, donde brotan por todas partes los laureles de la victoria y donde reunidos los Reyes de Aragon, de Castilla y de Navarra sembraron la simiente que debia producir la unidad española al mismo tiempo que hicieron retroceder hácia el desierto la barbarie almohade, cuyas encrespadas ondas amenazaban cubrir y enterrar toda la civilizacion europea. No se le puede recordar sin recordar con él aquellas legiones que capitaneaba con tanta gallardía, educadas en la libertad y dignas de todos sus derechos, las cuales formando una de las alas del ejército español, envolvieron las inmensas muchedumbres armadas que rodeaban al emir de los creyentes, el cual se dejó su Korán y su alfanje, salvándose merced á la ligereza de su yegua árabe, que lo llevó léjos de allí á llorar la ruina de todo su ejército y el desvanecimiento de todas sus esperanzas. ¿Quién hubiera dicho que aquel Rey de los combates, ceñido por la aureola de la mas poética victoria, iba pronto á morir en oscura guerra religiosa, cuando pasara incólume por el fuego abrasador de tantas y tan terribles tempestades? ¿Quién habia de decir que su gloria iba á hundirse tan oscuramente y su vida á perderse y acabarse en trance tan impropio de su grandeza? Cuñado del conde de Tolosa, comprometido por caballeresco juramento á socorrerle, temeroso de que las correrías de Simon de Monfort que amenazaban á sus feudatarios le alcanzasen tambien; rompió por tierra de Francia, despues de haber pedido á los cruzados prudencia, rogado al Papa consideracion, y puesto en armas á sus aliados para que le siguieran á la guerra, exhaustos como quedaban ya los medios y los recursos de conciliacion y de paz.

Pero Pedro tenia un defecto propio de su tiempo, que le causaba grandes daños y le disminuía en el concepto público hasta achicarle y perderle.

El coraje de su temperamento guerrero, el empuje de su voluntad invencible, el ardor de su ánimo enérgico estaban compensados y contrastados con la ligereza de costumbres que corrompia y aun canceraba su atlética complexion y su elevada alma. Nadie ignora cómo gustaba de casi todas las mujeres, menos de la suya propia. Nadie ignora cómo, para darle una sucesion legítima, fué preciso engañar aquel temperamento exaltado y hacerle creer que su esposa era la esposa de otro. La tradicion cuenta cómo se irritó, al verse rodeado del clero, de los príncipes, de la corte, en su propio lecho conyugal, y junto á su mujer propia y legítima, cuando creía haber llegado, en medio de las tinieblas, al lecho de ajena dama, deudora por las leyes y por la religion á otro de aquellas caricias. El mismo Simon de Monfort recogió una carta, en la cual, dirigiéndose á una hermosa mujer de Provenza, le decia en plata que iba en alas del deseo á su patria, no por querellas religiosas ó políticas, sino por su amor y por la felicidad que en este amor iba á encontrar su ánimo agitado de voluptuosas esperanzas. Sus mas entusiastas y mas obligados historiadores cuentan que el día de la batalla de Muret no estaba á plomo sobre su caballo, porque habia pasado la noche en las delicias del amor. Así Monfort no le temia, creyendo poco temible á un hombre que contrastaba los designios de Dios por el amor á las mujeres. Y en efecto, el fin de Pedro II merece llorarse con lágrimas amargas y desdice de toda la alteza de su heróico natural y de toda la fortuna de su vida. Una celada, mas bien que un combate, lo mató. Su enemigo, el conde Monfort, á quien buscaba como en duelo, cuerpo á cuerpo, fingió retirarse y huir, para que se engolfara mas descuidado en aquel campo de Muret, cercano á Tolosa, tan nefasto para todos los albigenses y para sus poderosísimos protectores. Cuando mas creidos estos estaban de que no iba por ningun camino á empeñar la batalla, volvióse Monfort con furia y cayó sobre ellos con abrumadora pesadumbre. Mas de quince mil murieron al filo de aquellas armas, tan acostumbradas á la matanza. Todos á una buscaban al Rey de Aragon. Este, enflaquecido por sus noches, acababa de entregar parte de la armadura á uno de sus gentiles hombres. Al verlo tan reluciente, los cruzados creyeronle el mismo Rey en persona; y cerraron furiosos con él. Mas Pedro, con la entereza digna de su natural heróico y con la elevacion digna de toda su vida, conociendo el peli-

gro que por su culpa corria uno de sus mas adictos, atravesóse entre ellos, que ya dudaban respecto de la identidad de aquel á quien acometian y les dijo: «el Rey soy yo.» Las lanzas cayeron sobre su cuerpo con presteza y lo derribaron en tierra sin vida. Trovador inspiradísimo, incomparable héroe, tan amigo de la guerra como de las artes, perfecto caballero, tan generoso en sentimientos y tan abierto á todas las ideas, educado en los saludables ejercicios de la libertad, ceñido con la gloria inmortal de las Navas, merecia ciertamente haber vivido mas tiempo para honor y gloria de su patria, que le debía inolvidables lauros.

La muerte de Pedro no extinguió, no, la guerra de Provenza. El despojo de Raimundo de Tolosa debía tocar á su hijo, y su hijo debía salir á combatirle, trasmitiéndose así de generacion en generacion los odios que engendrabán incendios eternos, y eternas matanzas, como si la tierra fuera el infierno. Mientras el futuro Raimundo VII entraba por las puertas de Avignon, el infeliz Raimundo VI, su padre, se dirigia sobre Tolosa cuyos habitantes conspiraban á una contra la tiranía de Monfort: Cansado este de luchar y reluchar en vano, comprendiendo la inutilidad para él y para su familia de guerras cuyas victorias solo aprovechaban á los clérigos, cayó en profundo abatimiento, y como suele suceder á todos los ánimos fuertes, cuando se abaten, llegó á desear como lenitivo á sus dolores el sueño de la muerte. Y en efecto, un dia que, delante de Tolosa sitiada, estaba oyendo misa, certera piedra, dirigida desde los muros de la ciudad á su cabeza, concluyó para siempre con el bárbaro general de la cruzada anti-albigense.

La muerte de Monfort no quitó sus horrores y sus crueldades á la guerra. Pocos dias despues, el conde Raimundo alcanzaba algunas ventajas y recogia algunos prisioneros. Encontrábanse entre estos dos hermanos cruzados, á quienes el conde mandó matar por haberles oido decir con vanagloria que degollaban á todos los albigenses incapaces de pagar su rescate; que hacian matar á los hijos por mano de sus padres y á los padres por mano de sus hijos; que arrojaban los heridos al campo como cadáveres insepultos y los dejaban á merced de los elementos y de las fieras mientras recogian á sus mujeres para convertirlas en propias concubinas. Así no es mucho que el horror á semejante guerra quede hasta hoy en los ánimos y las huellas

desoladoras en el suelo. Horrorosa la conquista de Monfort, que arrojaba al conde Raimundo de sus dominios; horrorosa tambien la reconquista de Raimundo que rehacia sus perdidos estados. En 1223 le sobrecogió la muerte, y á pesar de haber dado en la agonía señales de arrepentimiento y de haber intercedido por su memoria en Roma su hijo, ni siquiera permitieron á sus huesos una tranquila sepultura en sagrado.

Los ortodoxos no perdonaban medio alguno de continuar sus empresas. Habia muerto el alma de ellas, Inocencio III; habia muerto el brazo de ellas, Simon de Monfort; y no retrocedian. El Papa Honorio II estaba léjos, muy léjos de sentir aquellas cóleras, que tantas veces pusieran el rayo abrasador en manos de Inocencio III. Los albigenses pudieron respirar algo y organizaron, allá por el año 23 de la décimatercia centuria, su Iglesia jerárquica, dándole por jefe un prelado dualista con residencia en Bulgaria. Pero los hijos de Simon de Monfort y de Raimundo VI peleaban con el mismo encarnizamiento que sus padres. Creíase el uno heredero legítimo de la corona bajo cuya sombra naciera; creíase el otro heredero legítimo de las conquistas alcanzadas por las aventuras religiosas y guerreras de su ambiciosísimo padre. Entre estos litigios, Luis VIII, que heredara la corona en 1223, por muerte de su padre Felipe, comprende, á pesar de su tierna edad, que allí hay un verdadero engrandecimiento para Francia y obliga al heredero de Monfort á que le ceda la herencia y convence de hereje al heredero de Raimundo y llama en torno suyo á los obispos ortodoxos para que prediquen la cruzada, y so color de religion y de piedad, ensancha sus reinos y aumenta por escrúpulos de conciencia sus dominios sobre la tierra. Aunque el Rey murió pronto, en la flor de su edad, dejando el trono á una viuda y á un niño, la cruzada continuó con sin igual encarnizamiento. Tres cuerpos de ejército se formaron y cada uno de ellos recibió bárbaro y cruel encargo. Destinaron el uno á desarraigar las cepas en los viñedos; el otro á segar las mieses en los surcos; el otro á destruir los monumentos y las casas en las ciudades. A los tres meses de esta empresa, el Langüedoc se parecia en todo á los desiertos de Africa. Ni los pedriscos, ni las langostas, ni las inundaciones, ni ninguno de los azotes de la implacable naturaleza probaron nunca y afligieron al Mediodía de Francia como esta horrible tala, meditada, sistemática, sujeta

á cálculo, que no dejaba una piedra en los pueblos ni un tallo en los campos, creyendo los exterminadores cumplir un divino ministerio porque oían misa diariamente y á todas horas doblaban la rodilla para recibir la bendición de sus capellanes y de sus obispos. Mas al fin, semejante guerra en su barbarie, en su crueldad, se dirigía contra objetos inanimados é inertes. Para tomar las almas, para circuir las como pudiera circuirse una ciudad, para asaltarlas como pudiera asaltarse un muro, para ponerlas en tormento y oprimir su razón y desolar su conciencia y desarraigar en ellas las ideas, inventóse el más bárbaro de los institutos, la Inquisición. Y se lanzaron los más feroces de todos los soldados, los inquisidores, á perseguir y exterminar el pensamiento.

¿Qué podía hacer el pobre Raimundo de Tolosa contra estos horribles decretos de la fatalidad? Los cruzados exterminaban el suelo de sus reinos, los inquisidores el alma de sus vasallos. Así tuvo que caer, que arrastrarse, que pedir perdón, que presentarse en camisa delante del clero y que admitir como un castigo leve la pérdida de todos sus territorios excepto la ciudad de Tolosa, conservada como un mero honor, y la ida á Tierra Santa á pelear cinco años con los infieles. Entre tanto aquel Domingo de Guzmán, á quien el historiador Villani creía una de las dos estrellas vistas y anunciadas por la Sibila Eritrea, fundaba contra todas las reglas del derecho, contra todos los principios del procedimiento racional, aquella Inquisición odiosísima, que nombraba jueces misteriosos, que admitía la delación secreta, que elevaba á cargo la sospecha, que infligía castigos á los mismos objetos inanimados si eran pertenecientes á los herejes y que organizaba la peor y más terrible de todas las tiranías, la tiranía sobre la humana conciencia.

Italia recogió los albigenses que huían de Francia, pero en Italia mismo la persecución les pisaba los talones. Gregorio IX los excomulgó nuevamente, y no solo á ellos, sino á cuantos les prestasen auxilio y asilo. Juan de Vicenza, predicador á quien sus cofrades atribuían el milagro de haber resucitado diez muertos putrefactos, no hizo en realidad más que abrasar sesenta herejes vivos. El hermano Raimundo, provincial de los dominicanos de Provenza, cazó á los albigenses como si cazara alimañas y sacrificó á diez y nueve de ellos sin dar cuenta á ningún tribunal ni pedir consejo á ningún nacido.

Ciento ochenta y tres murieron en monte Bodomari dando con sus gestos, con sus rechinamientos de dientes, con sus dolores terribles regocijo á señores, á obispos, á reyes reunidos para presenciar semejante espectáculo. Así cansados de matar los ortodoxos, quisieron oprimir de alguna manera á los albigenses, y no encontrando otro medio, llenaron con ellos las prisiones existentes y erigieron otras nuevas. La saña trascendía á la eternidad. Los restos de Arnaldo de Pungilupus fueron desenterrados sin piedad y quemados con pompa. Veinte años duró la persecución, y en estos veinte años, para desarraigar una idea del fondo de la conciencia, no tuvieron más medio que desolar los campos y arruinar los pueblos. La guerra eterna se organizó con la Inquisición implacable. Los inquisidores pudieron interpretar las leyes eclesiásticas y proceder con la peor de las tiranías, con una tiranía que tiene por raíz el dogma y por víctima la conciencia. Los parientes en cuarto grado de los herejes viéronse perseguidos, aunque resultaran ortodoxos. Las casas, donde habitaba un hereje, fueron quemadas con todas las circunvecinas. Inocencio IV prescribió que toda torre donde hubiera parado, aunque por casualidad, un enemigo de la Iglesia, se demoliera en el acto y se sembrara de sal todo el sitio ocupado por sus cimientos. Los que veían los campos talados, las viviendas destrozadas, las torres en ruinas, las poblaciones hechas madrigueras, los ciudadanos heridos é inmolados, podían imaginar que acababan con una idea por el hierro y el fuego. Mas no había sino seguir las huellas de los proscritos para ver cómo dejaban un resplandor en su derrotero; no había como escuchar al través de las paredes de un calabozo para persuadirse á creer cómo las ideas hendían y taladraban las piedras; no había como escarbar las cenizas para penetrarse de que las carnes se achicharraban, de que la sangre se consumía, de que los huesos se calcinaban; pero el pensamiento etéreo é impalpable prevalecía sobre todas las persecuciones y suscitaba nuevos creyentes dispuestos á abrazar el martirio, los cuales se trasmitían de uno en otro el pensamiento capital de su época y preparaban sin sentirlo, sin conocerlo, sin adivinarlo siquiera, por providenciales inspiraciones la revolución religiosa.